



La filosofía ante el sentimiento trágico de la vida en Miguel de Unamuno

Benjamín Campos Chavarría

Campus Tecnológico

Local San Carlos

✉ bcampos@itcr.ac.cr

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5770-5760>

Introducción

El objetivo de este texto es invitar a la lectura de la obra del filósofo español Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864- Salamanca, 1936), mediante la exposición de su visión de la vida y de la filosofía, expuesta en una de sus obras más importantes, su ensayo filosófico *Del sentimiento trágico de la vida*, escrito en 1912.

En dicha obra, Unamuno expone su visión de la vida, de la esencia misma de la vida y de lo que significa existir. Es una obra que, por su tono y su profundidad se ubica al mismo nivel de obras filosóficas de gran relevancia como *El mundo como voluntad y representación*

del filósofo Arthur Schopenhauer, o de obras literarias como *El extranjero* de Albert Camus, que comparten una preocupación existencial esencial: el dolor de existir en un mundo que se acaba.

Del sentimiento trágico de la vida

Unamuno comienza su obra marcando el terreno: ni le interesan las abstracciones, ni le interesa lo meramente racional. Lo que le preocupa, primeramente, es Unamuno, el propio Unamuno, que vive en un momento y lugar determinado, que ya posee casi cincuenta años y sabe que ha dejado de subir la empinada cuesta de la vida y que ahora corresponde bajarla, en otras palabras, lo primero que le preocupa es su propia vida.

No le preocupa el ser humano en abstracto, esa especie de homúnculo sin rostro que la filosofía ha conformado. No le preocupa, dice, ni el animal racional, ni el contratante social, ni el *homo economicus*. La persona concreta, esa sí, real como él mismo. Los seres humanos abstractos no mueren, ni siquiera caminan por el mundo.

La filosofía ha descrito una serie de características que supuestamente representan al ser humano, pero esas características de hecho no implican ser humano alguno, no lo necesitan. Un ejemplo, el filósofo René Descartes formuló la famosa duda

cartesiana “pienso, luego existo” del *cogito* de Descartes, la cual ha sido actualizada recientemente por el experimento mental del *cerebro en la cubeta* de Jonathan Dancy: no sabemos si somos un cerebro, en una cubeta, conectado a un computador. En esa imagen, no hay hombres, ni mujeres, ni cuerpos, ni vida. No hay nadie.

La posibilidad de un cerebro en una cubeta, que obsesiona a las ciencias cognitivas (una filosofía bastante técnica), no significa nada para un ser humano, que tiene cuerpo (y problemas reales). Por ello, Unamuno habla de que su preocupación es concreta, histórica y no hipotética. El cerebro en la cubeta no se va a morir, porque no existe.

Unamuno estudia entonces al humano real. Y descubre que está enfermo. Indica “ser un hombre es ser algo concreto, unitario y sustantivo es ser cosa, *res*” (Unamuno, 2011, p.53). Somos una totalidad unitaria en el tiempo y el espacio; una totalidad cuya meta es perpetuarse. La esencia, continúa citando a Spinoza, de una cosa es el esfuerzo con el que trata de perpetuarse. Esto es muy significativo: la esencia (lo que nos hace ser lo que somos) es nuestra lucha por no morir.

Todo invento técnico, científico o tecnológico, desde la primitiva hacha de sílex hasta un automóvil autónomo Tesla, ha tenido como objetivo mejorar la vida humana (aunque eso no implique, tristemente, que mejore la vida de *todos* los humanos). Si se le pregunta a alguien, aunque no sea filósofo, qué caracteriza al ser humano, seguramente mencionará, entre otras cosas, el conocimiento. Ese conocimiento es nuestro esfuerzo por perpetuarnos.

Pero tal empeño puede tomar muchas formas, incluso antagónicas, con el propósito mismo de perpetuarse. La ciencia puede producir conocimientos dañinos, la técnica artefactos riesgosos, la filosofía pensamientos suicidas.

Con todo, la esencia humana es no querer morir, porque se ha conceptualizado la muerte, se

le conoce y se le sabe próxima. Esa conciencia está en la base de la tragedia. La vida es tragedia porque conlleva una contradicción irresoluble: no queremos morir, queremos vivir eternamente, pero somos finitos, nuestra esencia es perpetuarnos, pero en una vida que irremediablemente efímera.

El problema de Unamuno es entonces la finitud. Este es un problema antropológico no abstracto, el sentimiento trágico de la vida debería ser experimentado por todos, si bien el ruido y la multitud del mundo pueden distraer. Es antropológico, pues es común a todos, y no abstracto porque la muerte es una realidad de cada individuo.

La respuesta es entonces la inmortalidad, y no una inmortalidad en la que se rompa la unidad y la continuidad, por ejemplo, ser energía y que esa energía se transforme, o que reencarne; eso si bien implica inmortalidad, rompe la unidad (quien reencarna ya no es quien era). A Unamuno le interesa la inmortalidad real, en condiciones adecuadas, pues, de hecho, vivir sin memoria es equivalente a la muerte. No importan los proyectos pretendidamente honorables o nobles, sacrificarse por *x* o por *y* cosa, sino vivir. Unamuno le asigna a cada vida humana el mismo valor y la misma ansia, todos hermanos en la muerte, y si valen lo mismo y tienen el mismo objetivo, no deben sacrificarse por otros.

El papel del conocimiento ante lo trágico del mundo

Para célebre autor de Bilbao “el mundo es para la conciencia (...) este sentimiento teleológico no nace sino donde hay conciencia, conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo” (Unamuno, 2011, p.59). Este elemento muestra que la epistemología en este autor está atravesada por su sentimiento trágico ante la vida.

Todo conocimiento es teleológico; ni la ciencia, el arte, la técnica, la filosofía o la teología son neutras o inocentes. El mundo como realidad humano-social está configurado desde los fines y los miedos de las

personas. El progreso humano es producto de la enfermedad humana, y también causa.

En un mundo sin muerte o enfermedad, como el jardín del Edén, no hay historia humana, pues no hay la urgencia de la sobrevivencia. No hay historia humana en el paraíso; la historia humana real implica que el ser humano se halle ante el mundo, que le hiere, y deba inventar cómo sobrevivir. Para ello inventa el conocimiento.

Unamuno da una versión del origen humano que recuerda mucho a la de Nietzsche: dice el filósofo de Bilbao que alguna especie de primate tuvo una vez un hijo enfermo, y esa enfermedad resultó su ventaja en la lucha por la supervivencia. Por su parte, el alemán en su obra *La verdad y la mentira en sentido extramoral* cuenta que, en un planeta, una especie, débil, desprovista de garras, alas, colmillos o cuernos, inventó el conocimiento. En ambos autores el conocimiento es el recurso de una especie que por sí misma no podría sobrevivir en el mundo natural. Y como no puede sobrevivir en el mundo natural, crea su propio mundo, cultural, social, el mundo del conocimiento humano.



el fútbol fue **prohibido** en Inglaterra durante casi 500 años?

En el año 1314, el alcalde de Londres prohibió el fútbol, dentro de la ciudad, con pena de cárcel a causa del ruido que ocasionaba. Durante la llamada “Guerra de los cien años” entre Inglaterra y Francia el fútbol no era aceptado por razones estratégicas porque creían que distraía a los hombres de practicar habilidades militares, especialmente el tiro con arco, esto según NATIONAL GEOGRAPHIC.

<https://www.ngenespanol.com/traveler/que-pais-prohibio-el-futbol-por-mas-de-500-anos/>

La debilidad humana obligó al conocimiento; esa debilidad y dependencia obliga a continuar su senda. Pero esa senda es tortuosa, aleja de otras respuestas que proveerían paz al alma, y genera, a cada paso, nuevos problemas. En Nietzsche el conocimiento es una mentira. De manera similar, en Unamuno el conocimiento puede ser engañoso y alejar de la verdad (de la inmortalidad, de lo divino). Es un mal necesario ante la debilidad.

El conocimiento humano, racional, es solo una forma de conocimiento. A fuerza de estar recurriendo a él los sentidos se han adaptado a sus exigencias, muestran lo que la razón predica. Por supuesto, otras formas de conocimiento quedan ocultas o son negadas. Se conoce para vivir y todo lo que no sirve para vivir, se pierde. La ciencia lleva por ello algo grosero en su interior, relativo a la necesidad de vivir.

Volviendo a la epistemología unamuniana, el mundo es resultado del proceso de conocimiento, pragmático, antropomórfico y antropocéntrico. Conocer para vivir implica simplificar el mundo, o sea, empobrecerlo. Ahora, si lo que existe es para la supervivencia, y si el conocimiento deviene del estado de necesidad (tragedia), hay un vínculo mundo-conocimiento-enfermedad. El mundo es enfermedad.

Por supuesto que no todo es tan oscuro, pues esa realidad enferma, esa realidad del conocimiento, es el mundo sensible; pero Unamuno ve otro mundo, ideal, hijo del amor, accesible para el sentimiento, para el instinto de perpetuación espiritual.

La filosofía

Hay en la filosofía una serie de distanciamientos que impiden realizar su propósito original. ¿Para qué se busca la verdad desinteresada? Pregunta el pensador, la filosofía, dice:

responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento,

en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella (Unamuno, 2011, p.50).

Esto implica dos cosas. Primero que la filosofía brota del sentimiento hacia la vida y no viceversa; el oscuro o pesimista Schopenhauer no fue oscuro por su filosofía, sino que su filosofía fue oscura porque él albergaba esos sentimientos. Segundo, que la filosofía es una necesidad radical, es decir, una necesidad que surge luego de satisfechas las necesidades básicas.

De lo primero hay que decir que la filosofía ha pretendido abandonar lo afectivo. Y es un grave error pues, aunque el ser humano es racional, es también, y en mayor medida, sentimiento. De ahí surge una primera distancia de la filosofía. No toda, claro. Unamuno presenta el caso de Kant, que racionalmente destruye a Dios en su primera crítica, pero en la segunda y ante el problema de no encontrar en qué perpetuarse más que en Dios, lo reconstruye con el sentimiento. Estas irrationalidades se pierden en la filosofía técnica; se ha olvidado que se reflexiona para salvarse, y que quienes se salvan son las personas reales.

Una segunda distancia entre la filosofía y su propósito de dar sentido es su carácter racional. Para el autor que “todo lo que en mí conspira a romper la unidad y la continuidad de mi vida, conspira a destruirme, y, por lo tanto, a destruirse” (Unamuno, 2011, p.57), la filosofía puede tener ese carácter si descuida lo irracional y si se olvida de las personas concretas, como el *cogito* de Descartes que prescindió de sí mismo.

El problema con el sentimiento trágico es que no atiende a razones; es afectivo y no racional. La filosofía no consuela pues “las razones no son nada más que razones, es decir, ni siquiera son verdades” (Unamuno, 2011, p.60). La filosofía no ofrece nada, ningún alivio seguro que resista, apenas esbozos. La idea retóricamente hermosa de que en filosofía importan las preguntas más que las respuestas, no calienta a nadie. La filosofía padece de

estupidez afectiva (p.62); puede sacrificar al otro, al yo, al presente, incluso a sí misma; un sacrificio donde se pierde no solo la vida, sino también el alma, negada desde el inicio. Adicionalmente, la razón puede llevar a conclusiones que, en lugar de reducir el dolor, lo aumentan. En el caso de Unamuno: negar lo divino.

No obstante, la obra de Unamuno no es solo una queja contra la condición humana trágica y su filosofía; incluye una propuesta. Aboga por una filosofía que retome el punto de partida, el sujeto humano, que no sea *cogito ergo sum* (pienso, luego soy), sino *sum, ergo cogito* (existo, luego soy). El problema de la filosofía debe ser la búsqueda del sentido, pero sin rechazar lo afectivo, que es la característica de los seres humanos concretos. Unamuno quiere una solución real al problema de la finitud; la resignación no lo convence, se trata entonces de rebelarse. La filosofía deja de ser una filosofía de la muerte y se convierte en una filosofía de la vida. Hay que decir que la filosofía no brindará la respuesta ante la finitud; le es imposible, pero es una parte de dúo antagónico que la puede engendrar. El otro elemento es el sentimiento, lo irracional.

De la filosofía Unamuno obtiene el escepticismo, que duda hasta de sí misma. Pero ese escepticismo es clave, aleja de los falsos consuelos (la lógica del consuelo), se llega a la desesperación y en ella se alza hacia la esperanza, que no es racional. La enfermedad (la consciencia) es también fuente de riqueza y generadora de sentido, invita a aprovechar la vida con plenitud y no malograr la existencia. La respuesta está en permanente construcción; es una lucha entre lo racional y lo irracional, que no acepta treguas. La rebeldía es un proceso permanente.

Referencias bibliográficas

Unamuno, M. (2011). *Del sentimiento trágico de la vida*. Espasa Calpe.